

# Ante el Congreso Catequístico Nacional

## ¿Para qué sirven los Catecismos en preguntas y respuestas?

**P**OR vez primera en su historia, SIC acoge una polémica. Esta vez hemos superado nuestra repugnancia por este género literario, resbaladizo y, con frecuencia, estéril, porque la amistad y bondad de espíritu de nuestro contendor garantiza la exclusión de todo apasionamiento.

Sentado este presupuesto, no solamente no tememos la polémica, sino que en el presente caso podemos esperar de ella un bien positivo e inmediato: esclarecer antes del Congreso Catequístico Nacional un interesante tema de discusión sobre los métodos empleados en la enseñanza del catecismo.

En su número 43, correspondiente al mes de Marzo último, SIC ha publicado un interesante artículo del R. P. Cosme Alterio S. S., Vicario de Barcelona (Edo. Anzoátegui). Su título: *Cómo se ha de impartir la enseñanza religiosa*, señala muy bien su objeto central: exponer cuál es el método más práctico para enseñar la doctrina cristiana.

Hay en el artículo del R. P. Alterio una parte positiva: aquella en que se prueba que el método, utilizado por Jesucristo, sus Apóstoles y los grandes Padres de la Iglesia —concretamente por San Agustín— fué preferentemente el narrativo. De una parábola, de un episodio del Antiguo o Nuevo Testamento deducían estos fundamentales maestros de la catequesis sus enseñanzas, y las fórmulas dogmáticas, que los fieles debían conocer.

Muy justa encontramos esta afirmación del articulista, si se la purifica del tono de exclusividad; pues hemos de probar inmediatamente, que los Santos Padres y al parecer los propios Apóstoles, imponían además a los fieles el trabajo de aprender de memoria ciertas fórmulas breves sobre los dogmas, las mandamientos y los sacramentos.

Aceptamos, pues, en líneas generales la conclusión del estudio del R. P. Alterio:

“Proponer al Episcopado o al Próximo Congreso Catequístico Nacional, la edición de un texto de religión que junto “en un solo tomo” la Historia Sagrada con las fórmulas catequísticas”.

Tal vez convendrá completar la insinuación con otros detalles. El texto debe comprender, como bases fundamentales, la Historia Sagrada, las fórmulas catequísticas y algo de Historia Eclesiástica, recomendándose la utilización de los gráficos, los certámenes, las encuestas...; y el conocimiento de los métodos de la pedagogía activa, tan magistralmente expuestos por Manjón y otros grandes catequistas. Un programa completo de un curso graduado de Instrucción religiosa, pueden verse en el aúreo libro del Pbro. Daniel Llorente: *Tratado Elemental de pedagogía catequística*. pp. 481, 489 ss.

Pero en el curso de la exposición del R. P. Alterio hay una serie de expresiones, directamente condenatorias de los catecismos en preguntas y respuestas. Implícitamente se condena también todo

método memorístico en la enseñanza de la doctrina cristiana.

Se pregunta el articulista cómo, dónde y cuándo han aparecido y prosperado en la Iglesia "esos libros, que hoy conocemos con el nombre de catecismos, en forma de preguntas y respuestas?

Y responde que los "inventores de ese nuevo desgraciado método de enseñanza, adoptado por los católicos en el mundo entero, han sido los protestantes". Mejor dicho los husitas, imitados, primero por Lutero y después, por contrarrestar su influjo, por el jesuita San Pedro Canisio.

El R. P. Alterio califica de detestables estos catecismos en preguntas y respuestas, haciendo suyas las expresiones —a nuestro entender ligeras e injustas— del Obispo Bellord.... "Tengo ante mí un catecismo que generaciones de niños desgraciados han tenido que aprender de memoria... y no me admiro de que esta Diócesis sea notoria por su irreligión e inmoralidad".

El articulista corona esta cita y otra, también precipitada y ligera, del Cardenal Mercier, con este epifonema:

"Ignorancia, indiferencia, irreligión e inmoralidad. He aquí los frutos de ese método memorístico".

Esta afirmación del articulista es la que no podía acoger SIC sin comentario. Es indudable que la ignorancia, indiferencia, irreligión e inmoralidad de tantos países católicos tienen una explicación mucho menos simplista que la que se delata en estas líneas. No son culpables de tamaños males los inocuos catecismos en preguntas y respuestas.

Se trata además de una cuestión que ha sido ampliamente debatida por los tratadistas europeos de pedagogía catequística; y sería de lamentar que se gastara una cantidad de preciosa energía en discutir nuevamente un punto al que se dió clara y decisiva solución en los Congresos catequísticos de París y Viena.

Para exponer con claridad nuestra modesta opinión sobre el problema creemos necesario distinguir dos cuestiones: origen de los textos, que hoy conocemos con nombre de catecismos; origen de los catecismos en preguntas y respuestas.

## Origen de los textos catequísticos

**P**OR catecismo entendemos "un compendio oficial de la Doctrina Cristiana, que la sintetice toda en breves fórmulas, dispuestas en un plan ordenado". Se supone que se destina para ser aprendido de memoria.

Ahora bien, catecismos, sin tal nombre, existieron desde los primeros decenios de la primitiva Iglesia. Existía una fórmula de profesión de fe para los que se acercaban al bautismo. De ahí el origen de los primeros textos catequísticos, que contenían el Símbolo Apostólico, la Oración dominical, el Decálogo y la doctrina de los sacramentos. Los dos primeros documentos eclesiásticos, inmediatos a los evangelios y reconocidos, aun por los investigadores racionalistas, como literatura del primer siglo, la Didajé y la Epístola de Bernabé contienen un breve texto catequístico, que casi coincide en ambas redacciones. Nadie ignora la veneración que tales textos merecieron en la primera Iglesia, siendo considerados, en algunas Iglesias, sobre todo en la Escuela Alejandrina, como libros canónicos, al par de los Evangelios, Actas y Cartas de los Apóstoles.

Más tarde las controversias cristológicas obligaron a complicar notablemente los símbolos, hasta alcanzar su redacción más exacta y minuciosa en el amplio Símbolo Quicumque.

Estos textos y estos símbolos estaban redactados para ser aprendidos de memoria.

No cabe, pues, discutir que los textos catequísticos, breves y concentrados, son muy anteriores a los husitas y a Lutero.

Sobre su utilidad pudieran recogerse multitud de testimonios en El Catequista, de Manjón; la Metodología, de Spirago; en el Tratado Elemental de Pedagogía catequística de Daniel Llorente. Nosotros recordaremos siempre con emoción la actitud, extrañamente grave, con que un día vimos replicar al gran catequista, P. Martín Odriozola, a un colaborador que se permitió, al azar, una chanza sobre el memorismo en la enseñanza catequística de los niños; "Hermano, no sea ligero; sepa que el muchacho que hoy no comprende, en el catecismo la

fórmula del dogma de la Encarnación, lo comprende luego de mayor con toda claridad".

Lo que es evidente y lo que tal vez únicamente quiso decir el articulista es que esas fórmulas breves, aprendidas de memoria, no bastan. Es menester que el catequista las explique: con la narración, el gráfico y con los mil recursos que le facilitará la pedagogía activa. Pero aun así, muchas fórmulas no las entenderá ni podrá ni deberá entenderlas el niño. Y aun ésas las debe aprender el niño de memoria; pues su sentido se le patentizará más tarde con las lecciones de la vida.

En el primer Congreso Catequístico de París decía uno de sus relatores: "En los monumentos ruinosos quedan en pie los cimientos. Muchas de las cosas aprendidas en el Catecismo se olvidarán en el transcurso de la vida; la letra, bien grabada en la memoria por repeticiones frecuentes, se conserva; y siempre podrá servirnos de base para reconstruir el edificio de una seria y saludable instrucción religiosa".

"Se han visto hombres, dice Dupanloup, que habían perdido la fe, que habían pasado por el tumulto de las guerras de la Revolución y del Imperio, y, que, volviéndose a Dios, después de cincuenta o sesenta años de una vida sin religión, recordaron al punto, instintivamente, las respuestas del catecismo, las fórmulas de la fe cristiana".

Las fórmulas de la fe cristiana, que entonces comenzaban a entender tal vez por vez primera.

#### Origen de los catecismos en preguntas y respuestas

ES discutible si fueron los protestantes o los husitas sus primeros creadores. Pero es evidente que fueron los primeros en hacer resaltar su valor pedagógico, su eficacia de propaganda.

Pero que el Catecismo sea en preguntas y respuestas es una cuestión absolutamente secundaria. Es claro que existieron breves textos catequísticos, destinados a ser aprendidos de memoria, desde las épocas más remotas de la organización de las comunidades cristianas.

Cabe sin embargo discutir si el detalle de las preguntas y respuestas hizo de los catecismos un desastre pedagógico; y parece indudable que no, ya que se adoptó, prosperó y generalizó el método por su eficacia pedagógica, comprobada y exaltada por los protestantes. Es además sabido que los ensayos de catecismos populares sin preguntas han fracasado.

Más concretamente se pudiera inquirir si la respuesta debe contener el valor de la pregunta. Nosotros nos inclinamos a que sí; de lo contrario el niño, al aprender sólo la respuesta, pudiera no comprender exactamente el sentido y valor de la fórmula.

Este es nuestro modesto sentir, y la acotación que SIC cree necesaria en el bello artículo del R. P. Cosme Alterio, con cuyas afirmaciones coincidimos casi plenamente y tal vez del todo, pues es difícil medir por sus breves expresiones su doctrina total sobre los Catecismos en preguntas y respuestas.

Si tal no fuera o si nuestra interpretación de sus afirmaciones no ha sido exacta, el Venerable Vicario de Barcelona tiene abiertas las páginas de SIC en el próximo número, correspondiente al mes de mayo.

**M. Aguirre Elorriaga, S. J.**